

Botitas amarillas especiales.

El Sol acaricia brevemente el cristal de las ventanas, y luego sonroja las mejillas de los mozalbetes inquietos. Es un nuevo día de clases en una sala cubierta de colores que adorna números y letras dispersos por todos lados. Qué para aquellas mentes, son aún como jeroglíficos egipcios.

Cuando reina la calma y la buena convivencia en Sala, el Sol resplandece en un cielo azul profundo.

La Tía Luduvina, experta en las más diversas materias, intérprete del idioma “balbucea”, sabe leer mentes (de esos pequeños que no emiten sonidos), cuidadora constante, y guía para adentrarse en el mundillo de sílabas, números, sonidos, alto, bajo, adelante, detrás, y un largo etcétera.

Nadie sabe que día llego al Colegio por primera vez, pero hasta los más grandes recuerdan su piel color mármol invadida por un enjambre de pecas, su cabello cobrizo que de vez en cuando cruza intrépidamente el color miel de sus ojos intensos.

Pero lo que mas recuerdan los jóvenes de proceder correcto, es el momento que fueron enviados a buscar el libro de clases bajo la lluvia, y por obligación calzar las “botitas amarillas especiales”

Un día “Albertito Stein”, un pequeño de piel color tiza, cabello ajeno a las peinetas, y color blanco invierno por un azar cromosómico. No cesaba en sus burlas y risotadas, con respecto a sus compañeritos que tenían un revoltijo de números en sus cerebritos. El dos más dos, era para ellos como matemática cuántica.

Las burlas incesantes de Albertito, hicieron que pronto el cielo se tornara gris, el Sol no perdió la oportunidad de una siesta, y de pronto dos gotitas de avanzada se estrellaron contra el cristal, luego toda la parentela, cuales kamikazes japoneses colmaron las ventanas de la Sala.

Tía Luduvina envió a “Albertito” a buscar el libro de clases, para aquel propósito debía cruzar el portal entre la Sala e Inspectoría, pero antes debía calzarse las botitas amarillas, que siempre estaban prestas al servicio de un pequeño revoltoso, para resguardar sus pies de cualquier atisbo de humedad.

En cuanto sus piecitos fueron atrapados por aquellas botitas, en su mente se revolviéron todos los números, gráficos, algoritmos que por alguna razón misteriosa él sabia sin mayor esfuerzo.

A la primera pregunta de la Tía, su respuesta fue la más absurda de varios años, y las risotadas colmaron de piso a techo, de golpe un calor intenso invadió sus mejillas, y un relámpago de tristeza recorrió su anochecida mente. Que sensación más extraña era esa de ser el blanco de las burlas. Y por fin logro entender el ocupar los zapatos de un pequeño con mente distante a resultados matemáticos.

Tía Luduvina, como siempre, rodeo con su invisible cobija de ternura al pequeño Albertito, desplazó las botitas amarillas de sus pies, y como ejército de hormigas, su infinidad de neuronas traían de carga todos los resultados de vuelta a su cerebro privilegiado. Pero esta vez con un ingrediente más, la empatía y el respeto por sus pares.

De pronto, se evaporaron las gotitas de las ventanas, luego de un largo bostezo el Sol abrió espacio entre las grises nubes, y poco a poco la luz y el calor invadieron nuevamente la sala, y las botitas amarillas a su lugar.

Estudiante: Cristóbal Neira
Familia: Neira – Aravena
Curso: Kinder B – Tarde
Alianza: Azul

